PALO ‘E BALSA – JOSÉ DE LA CUADRA

VIDA Y MILAGROS DE MAXIMO GÓMEZ, LADRÓN DE GANADO

--- ¡Palo 'e balsa!

Venía al hombre navegante, retrepando en las ondas, encrespando ---como un viento soberbio--- las aguas del río dormido.

--- ¡Palo 'e balsa!

Venía el nombre aviador, volando de hoja en hoja, cuando los árboles se estremecían de frío, en las noches de luna; o de miedo, en las noches tapadas.

--- ¡palo 'e balsa!

Venía el nombre caminante, a flor de tierra, sobre el lomo romo de las culebras, o sobre el lomo erizado de las iguanas huidizas.

--- ¡Palo 'e balsa!

Vibraba el nombre en los agudos relinchos de los caballos aterrados. Pero eran las gordas vacas rejeras ---pomposas amas de cría--- quienes mejor sabían anunciarlo. Y así lo hacían, en efecto, con sus roncos mugidos, húmedos como la yerba en las madrugadas, húmedos como el pasto mascado.

El clarín de los relinchos y el tambor de los mugidos sonaban como música de ataque en los oídos de Maximo Gómez, capitán de cuatreros.

Era entonces que les decía a sus gentes:

--- Aquí hay ganado… Por estos potreros hay ganado… ¡Dentremos pues!

Y "dentraban"… Él, a la cabeza…

--- ¡Palo 'e balsa!

Se merendaba en la hacienda de don Anastasio Jama, montuvio viejo, hombre caudaloso.

Era fiesta grande. Tanto que, sobre la mesa, se había dispuesto mantel; un mantel blanquísimo, de un blancor sonreído y agresivo como el de dentadura de los negros. Tanto que, en alarde suntuario, se había encendido el brisero colonial, cuajado de velas de a ocho. Por supuesto, para alumbrar se había prendido la lámpara de cuerda.

Sobre este particular luminoso, don Anastasio había dicho a la concurrencia:

--- Desde tiempo quiero mercarme una Petromá.

--- ¿Y por qué no la merca, don Ata?

--- ¡Que va! Están muy caras las Petrómacas.

Don Anastasio poseía ochocientas cabezas de ganado, mal contadas; es decir, algunos millares de Petromax en carne mugiente…

Rodeada la mesa familiares y amigos del dueño de casa.

Desde su asiento cabecero, este insinuaba, cordial, entre dos regüelos, a la concurrencia:

--- Coman, pues. Aquí se ha venido es pa' comer.

Rio a carcajadas y añadió:

--- Hasta tocarse con el dedo.

Después, insistió, dirigiéndose a uno de los convidados:

--- Pa' comer, si… Pero no se me ponga triste, compadre Alarcón… También heymos venido para beber…

El compadre Alarcón gozaba fama de chupatín, y esto reforzó el chiste. Los invitados creyeron necesario romper, a cucharas batientes, unas cuantas piezas de loza para acompañar las risotadas.

--- ¡Qué ocurrido, pues, don Jama!

Ña Filomena Mena, a quién homenaje a su perfil apodaban "la Lora", filosofó:

--- ¡Todo rico es gracioso!

Protestó el anfitrión:

--- ¿Rico yo, ña Filita? Soy más pela'o que la pepa 'e guaba.

Ña Filomena retruecó:

--- ¿Pela'o? Usté, don Ata, no tiene más pela'o que la flor de Palo 'e Balsa. ¿Conoce?

Palo 'e balsa… ¿Quién había pronunciado, y para qué, aquellas sílabas de conjuro?

En el comedor cuajó el silencio. Cada uno pensaba, ya con otro sentido, en esas palabras.

--- ¡Palo 'e balsa!

Y he aquí cascos de caballos en el portal empedrado. Ladraron los perros guardianes. Silbó un bejuco plazarte. Escaleras arriba, chasquearon espolines de jinetes.

Los comensales estaban demudados y pálidos.

Don Anastasio musitó:

--- Vo a ver quién es.

Pero ni siquiera hizo ademan de levantarse.

Cuando sin duda iba a repetir la misma frase, se le acercó un peoncito:

--- En la sala está don Máximo Gómez y quiere hablar con usté.

Tembló don Anastasio.

--- ¿Conmigo?

--- Ajá

Se dirigió a los comensales:

--- ¿Pa' que será, no?

Mas no obtuvo respuesta.

--- Dile, pues, muchacho 'e cuerno, que ya voy pa' allá.

Alcanzó una copa de aguardiente y se la bebió de un trago.

A pasos menudos, tanteándose en un bolsillo trasero del pantalón "el español de cinco huevos", se encaminó a la sala.

Le tendió la mano al recién llegado:

--- ¿Qué güenos vientos me lo han sopla'o, pues, por aquí don Máximo? Ya sabe, su casa...

Máximo Gómez estrechó sin efusión la mano ofrecida, y dijo secamente:

--- Gracias...

Después, con tono ligero, agregó:

--- Ando de viadante, como usté alvertirá. Voy pa' más pa' arriba. Me agarró la noche, y le dije a mi peón... (porque llevo un peón que se ha queda'o en el portal con los caballos...), y le dije: "Capaz que don Jama que es tan generoso y tan güena alma nos va a dar una posadita hasta mañana". Y el peón me dijo: "Capaz mismo". Y yo le dije: "Vamos, pues, apiándonos". Y aquí me tiene, como dice el dicho.

Don Atanasio moduló la voz lo más agradablemente que pudo al manifestar de nuevo:

--- Su casa. Porque esta es su casa. ¡No faltaba más!

En seguida, a gritos ordenó a su servidor:

--- ¡Emérito! Baja a atender a la compañía del señor Gómez, y dale de comer en la cocina. Suelta los caballos en el potrero chico.

A lo último se opuso Palo 'e Balsa:

--- Los caballos me los cuida el peón, no más, don Jama. No se me aprensiones.

--- Como sea su gusto... Verá: tamos celebrando el santo de mi hija segunda, de Sofia, ¿sabe? ¡Honremos la mesa, don Gómez!

Asintió este.

--- Tengo un hambre de perro ---dijo.

El festín no recobraba su alegría primitiva, a pesar de los esfuerzos que hacía don Atanasio Jama. Los asistentes se sentían cohibidos por la presencia inusitada de Máximo Gómez, y seguramente hubieran preferido encontrarse a muchas leguas de ahí, dedicándose a vigilar sus potreros respectivos, bien armados de ojos avizores y de escopetas taqueadas hasta la boca.

El mutismo en que se había encerrado el cuatrero desde que ocupara un sitio en la mesa, consagrado tan solo a devorar los platos suculentos que se sucedían, contribuía a aumentar el malestar colectivo.

Sin embargo, algo se disipó este con el alcohol, que se trasegaba afanosamente como si un amor de embriaguez se hubiera apoderado de todo el mundo.

Casi torno la alegría cuando, al servirse los postres ---tazones enormes de arroz con leche, espolvoreado de canela aromada---, se escuchó en la sala el rasgueo de las guitarras y las bandurrias, que afinaban los músicos.

Tras la última copa, don Atanasio, apoyado de manos en el borde de la mesa, propuso:

--- Vamos, pues, a dar unas vueltitas. Hey manda'o traer dende la bocana una orquestita para que bailemos un rato. ¿Qué les parece?

Sin mayor entusiasmo, los invitados aceptaron.

Se bebió a toneles. Rivalizaban en eso hombres y mujeres. Persistía el deseo común de emborracharse. A poco de iniciado el baile, en la sala, con la dudosa excepción de los jugadores, nadie estaba en sus cabales.

Pero Máximo Gómez, por supuesto, no se encontraba en la sala.

Se había retirado a un extremo de la galería, y desde ese lugar, sin intervenir, contemplaba la fiesta.

Vela desfilar, al compás saltarín de los pasillos, a las parejas enlazadas.

Cuando le exigían que tomara, se excusaba:

--- Más tarde. Yo me reservo pa' más tarde.

Era aparente que decía eso sin malicia, solo para expresar que no quería beber por el momento.

El dueño de la casa se le aproximaba con frecuencia, zalamero, pegajoso:

--- ¿Ta bien, don Gómez? ¿Ta bien? Lo noto disgusta'o, arriconándose por los güecos... Pero está bien, ¿no, don Máximo? Ya sabe, su casa. Usté aquí manda, no más...

Máximo Gómez respondió con un gruñido porcino y una sonrisa vacía:

--- Ajá

Hacia la media noche, la borrachera de don Atanasio Jama había llegado al clímax. Bamboleándose, se aproximó al cuatrero:

--- Vea, amigo ---tartajeó---. Yo quiero hacerle un regalito.

Máximo Gómez se sorprendió:

--- ¿Y menos? Vea, yo quiero regalarle una vaconcita, ¿sabe? Usté la escoge.

Máximo Goméz miró a los ojos de su interlocutor tontamente, y replicó altanero:

--- Yo, don Ata, no ceuto que naidien me regale gana'o.

En ese instante, cruzó por la galería la hija del viejo Jama, Sofía, la festejada. Palo 'e Balsa la observó de reojo, pero con detenimiento.

Y concluyó:

--- Cuando la necesito, lo cojo, no más, don Ata. Yo soy así, pues. De nacimiento soy así.

De improviso. Máximo Gómez, Palo 'e Balsa, jefe de cuatreros, se exalto. Rebrillaron sus ojos oscuros. Se contrajeron sus labios nerviosos. El cuerpo entero se le sacudió en un impulso.

Penetró en la sala.

--- ¡Hey pues! ---gritó.

Ese rato no se bailaba. Los de la orquesta descansaban en su esquina, con los instrumentos apoyados en las rodillas.

Máximo Gómez se planto delante del grupo, abierto de piernas, con los brazos en jarras.

--- Esto, más que santo de docella rica, parece velorio de muerto pobre ---dijo---. ¡Hay que alegrarse!

Se apoderó de una guitarra y empezó a cantar:

Muchachita loca
Da la boca guinda
Muchachita linda
Da la dulce boca
Toma mi corazón entre tus labios,
y, mientras ellos sin cesar lo oprimen,
Olvidará tu crimen
Mi pobre corazón lleno da agravios…

La música cachonda, arriscada, lujuriosa, estremeció a los concurrentes. Desaforadamente se lanzaron a danzar.

En el centro de la sala, Palo 'e Balsas, con la guitarra apretada con la el pecho, excitaba a los bailarines, entre estrofa y estrofa:

--- ¡Agárrense, pues! Pa' esto hay que prenderse a la pareja como cuando se triepa palo enseba'o… Hasta con las uñas…

Reía y seguía cantando:

Muchachita linda
De la boca loca…

Por su parte, no le quitaba la vista de encima a Sofía Jama, la festejada.

--- ¡Niña Sofía!

Sofía Jama era una montuvia ciento por ciento. Morena, mediana, gordezuela.

Cuando esta noche empezó a galantearla, Máximo Gómez le murmuro a la oreja:

--- Usté parece una yegua moza, una potranquita, niña Sofía. o, más mejor: una vaconcita.

Era guapa de veras Sofía Jama. Se ocurría como si fuera una estatuilla amasada con barro samborondeño; criolla Tanagra, fina y recia. Brazos

prietos, muslos prietos. Ancas leves. Senos redondos, conos perfectos: dos pequeños Cotopaxis, desvestidos de nieves. Ojos morenos, humildes.

--- Sí: una vaconcita. Una vaconcita de vientre.

Sin duda fue la mirada pacífica de Sofía Jama ---su mirada de res mansa--- lo que suscitó en Máximo Gómez la metáfora pecuaria.

--- ¿Y? ¿Quiere que bailemos este valse, niña Sofía?

Ella dijo que sí, con toda su alma de bella bestia saliéndose por los ojos…

Amaneció el sol rutilante, tremendamente amarillo en el cielo azul violento. Con un calor denso, espeso, meloso, que se palpaba en el aire como un hecho. El día cantaba ente los árboles su canción matutina.

Los raudales de luz reciente se metieron en la casa de don Atanasio Jama, poniendo a exhibición un cuadro asqueroso: hombres y mujeres borrachos dormidos, reclinados sobre las sillas en torpes actitudes echados en el piso, nadando en sus propios humores.

En un lado estaba tumbado don Atanasio. Roncaba igual que un cerdo. Su triple papada le caía sobre el pecho manchado de vómito. Un rayo de sol le castigó el rostro como un latigazo, y se despertó.

Su primer pensamiento fue para Palo 'e Balsa:

--- ¡Don Gómez! ¡Don Gómez! ---balbuceó.

Lo busco por toda la casa.

--- ¿Onde, pues, se le ha escondido?

Llego hasta la cocina.

Un peoncito, Ramón Solís, que hacía de pinche, atizaba ahora la candela para el café en el gran fogón.

Don Atanasio le averiguó:

--- ¿Habís visto irse a don Máximo?

--- Si, patrón. Hace una hora larga que se fue como pa' abajo a caballo…

--- ¡Ah!

Recordó de pronto don Atanasio que en su recorrido por la casa no había tropezado con su hija Sofía. Una idea negra se le metió en la cabeza… Palo 'e Balsa la había "preferido" tanto esa noche.

Vaciló al preguntar al muchacho:

--- ¿Iba solo?

El peoncito meditó antes de responder:

--- Llevaba al anca a la niña Sofía… la niña Sofía iba muy triste, patrón…

--- La habría amarra'o Palo 'e Balsa, ¿no?

Volvió a meditar el peoncito:

--- No, patrón, vea… Suelta iba… Antes ella se le agarraba a don Máximo, trincándolo así, con los brazos, por el pescuezo… y volteaba pa' aca la niña… Cuando me vio, me dijo: "No le digas a mi papás". Pero, ya ve, patrón; yo le digo, no más… Así fue que jue la cosa…

Don Atanasio no halló cosa más oportuna que manotear una raja de leña sobre el fogón y apalear con ella, fundamentalmente, al peoncito asombrado:

--- ¡Eres mismo un animal, peje de charco!

En el curso de la semana, don Atanasio tuvo noticias de su hija.

El viejo se había abstenido de dar parte del rapto a la policía rural.

--- ¿Pa' qué? ---repetía---; ¿pa' que se rían de mi y me roben mi plata? Lo que es a Palo 'e Balsa no lo han de coger. ¡Es muy hombre pa' los soldados esos! Le tienen más miedo que los pollos al gavilán. ¡Desgracia'os!

Cierta noche sonó al pie de la casa un disparo de revólver, y una voz anunció:

--- Hay un papel para usted, don Jama, en el bramadero. Pero no baje todavía. Si baja ahorita, lo tiro.

Cuando lo calculó prudente, don Atanasio descendio hasta el corral. En el palo del bramadero había un papel escrito a máquina. Lo recogió.

Subió de nuevo. Leyó la firma.

--- Es de Palo 'e Balsa ---comunicó--- Y se lo ha de haber escrito Zúñiga, el del Salitre, que es el único escritor que hay por estos la'os…

El coro familiar confirmó:

--- Ajá

--- Y ha de haber sido en la maquina de la Tenencia Política…

--- Ajá

Entre todos, y como pudieron, desairaron el papelucho.

Decía:

Don Atanasio Jama.

Hacienda Los Carraos

Muy señor mío: para devolverle a su hija, tiene que entregarme diez vaconas gordas, sin errar. Mándelas aflojar en el sitio Piedrajonda el sábado después de la oración. Le advierto que, si denuncia a la rural o hace cualquier traición, pagará caro, su hija. Ella está bien y lo saluda mucho. No se olvide. Se afectísimo amigo.

A. Gómez

La misiva, en verdad, carecía de firma; pues, el nombre también estaba puesto a máquina.

--- Pero es de Palo 'e Balsa, ¡claro! ---insinuó la mujer de don Atanasio.

--- Así ha de ser ---rezongó este.

--- ¿Qué harás, Atanasio?

--- Vo a mandarle las vaconas, pues... ¡Qué vo a hacer! Como sea, Sofía es mi sangre.

Más se dejó aconsejar por la malicia... Sí; le mandaría las vacones. Pero herradas. Como Palo 'e Balsa las recibiría ya oscurecido, no se apercibía de ello. Naturalmente. Además, le mandaría una más. Once en vez de diez. Así se confundiría. Si sobajeaba alguno. Palo 'e Balsa pensaría: "Esta, herrada, será otra. De Pedrajonda. No es de las diez de don Atanasio". Pero también cargaría con ella... ¡Muy bien!

Eso suponía el viejo Jama.

Soliloquiaba, ahora:

--- El muchacho que lleva las reses me trae Sofía... Será al otro día que Palo 'e Balsa cae en la cuenta ¡Y lo haré perseguir! Como abigeo... ¡Así sí lo haré perseguir!

Gastaría dinero. No importaba gastarlo. Para eso lo tenía. Planeaba obtener en Guayaquil que un piquete de caballería ligera de las fuerzas regulares saliera en busca del cuatrero. (Eso era bueno: del cuatrero, no del raptor de su hija. El honor quedaba a salvo).

Don Atanasio entendía que los animales del rescate dejarían fáciles indicios para la captura y que, en su ocasión, serían, recuperados, la prueba matadora.

Una sonrisa de picardía se dibujó en los labios del anciano montubio, ensanchándole la cara.

Se vanaglorió por anticipado:

--- ¡Ya verá, pues, ño Palo 'e Balsa quién mismo es Atanasio Jama!

Procedió don Atanasio como pensara.

Con emérito envio las reses a Piedrajonda el día señalado. Conducía el peón, además, un caballo de silla para la vuelta con la muchacha.

Era ya cerca de la madrugada cuando Emérito regresó a la casa del viejo Jama. Pero venía solo, tirando de la cabalgadura equipada, retrepando en su burrito.

--- ¿Y Sofía?

--- Don Gómez me dijo que la mandaría hoy domingo, patrón ---repuso Emérito.

--- ¡Ah!

El peón se extendió en detalles... El propio Palo 'e Balsa estuvo a recibir el ganado en el potrero de Piedrajonda: "¡Qué generoso don Ata! Le pedí diez vaconas y me da once. Será con la que quería regalarme", había dicho. Y se puso a palpar los animales: "Gordas, gordas... Y tienen el fierrito del viejoo... Ha e ser pa' que no se me extravían... ¡Ja, ja, ja!".

--- ¿Lo notó el fierro?

--- En seguida, pues, patrón, ¿Qué se cree? Palo 'e Balsa es baquianazo.

--- ¿Y que hizo?

--- Nada. Me dijo: "Mas luego irá la niña Sofía, pues. Más luego. Que la esperen esta noche". Y me largó pa' acá.

Don Atanasio se desesperó:

--- ¡Se quedará con ella! ---vociferó---. Pierdo soga y cabra. Mis vaconas y mi hija. ¿Y este criminal al parecer sabe cumplir su palabra? ¡Maldita sea!

Su mujer lo increpó:

--- Has hecho mal en herrar el ganado. Eso es. Palo 'e Balsa te lo decía en el papel.

No fue en la noche del domingo. Fue en la madrugada del martes.

Se escuchó por el camino real del consabido disparo de revólver. El aviso.

--- Vayan por la vaconcita. En el corral se las dejo.

De la casa de don Atanasio bajaron con luces... Trincada al palo del bramadero, encontraron a Sofía Jama. La muchacha se quejaba a traves de la mordaza que le tapaba la boca. Demostraba sufrir horrorosamente.

La subieron a la casa y la depositaron en el lecho. Al empezar a desvestirla cayó de entre sus ropas un papel.

Era como el anterior, escrito a máquina.

Decía:

Don Atanasio Jama.

Hacienda Los Carraos.

Mi querido suegro: usté es tan mano abierta que me ha mandado una res más de las que le solicité. Gracias. Pero no sé por qué me las ha mandado herradas. Yo no quiero ser menos, y ahí le devuelvo, tambien herrada su vaconcita. Por pagarle la yapa que me ha dado, he hecho lo que ha estado a mi alcance para que la vaconcita vaya con cría. Ojalá, pues. De modo que estamos a mano. Su afectísimo yerno.

M Goméz

Hubo de llamar al curandero más próximo. Tendría en casa del viejo Jama mucho trabajo. Don Atanasio estaba como loco: lloraba a gritos y se daba de cabezadas contra las paredes. Su mujer se revolvía, presa de un ataque interminable. Sofía deliraba, ardiendo en el horno de la alta fiebre.

--- ¡Máximo! ¡Máximo! ¡Te quiero! ¡Pero no me hagas caso, por Dios, Máximo! ¡No me hierres, Máximo! ¡Te quiero...!

En una de las angustias, la muchacha mostraba la quemadura. Estaba hinchada la carne; pero se leía en fuego las dos letras de fierro de Máximo Gómez: una M de imprenta, ligada en la pata derecha con una G rabo de mono...

Mucho después, Sofía hizo a la hermana mayor su relato:

--- Máximo me tenía encerrada en una covacha de Piedrajonda. Me trataba muy bien. Yo lo quería; y, si él me hubiera propuesto, yo había sido suya por las buenas. Pero me decía: "Tas en prenda, y no puedo atocarte". El sábado ese, después que recibió el ganado, vino a la covacha. Estaba furioso. Abusó de mí a las malas, y me dejó. El domingo de mañana volvió y me hizó fuerza otra vez. A luego me amarró con sogas en la cama... ¡y me marcó! No quiero acordarme... Me decía: "me da pena hacerte esto yo mismo, pero no quiero que otro lo haga, pa' que naidien te vea el cuerpo"... Después, creo que me beso... Cuando me mandó a la casa, me dijo: "El viejo de tu pase tiene la culpa"... Y yo lo había querido a Máximo Gómez ¿sabes? Por eso me fui con él, mansita... y lo quise de golpe, ¿oyes?, la noche de mi santo...

--- ¿Y ahora?

--- ¿Y ahora qué?

--- ¿Ya no lo quieres, Sofía?

--- No sé, ñata; no sé... ¿Pa' qué me preguntas eso?

--- Palo 'e Balsa es un cuatrero...

--- Sí...

--- ¡Sí! ¡Máximo Gómez, Palo 'e Balsa, capitán de bandidos, ladrón de ganado...

Aquel invierno fue excesivamente riguroso. Grandes aguaceros azotaron las llanuras, conviéndolas en inmensas sabanas, blancas. Los ríos, hinchados desde las cabeceras, completaron la obra de las lluvias. En la masa líquida que cubría los campos, apenas si se reconocían los antiguos cursos fluviales por las dos filas de porotillos que indicaban los ribazos hundidos, dejando entre ellos un claro sinuoso. Porque la sabana, toda la manchada de troncos, confundidas las aguas, tenía crecientes y vaciantes, como si fuera de ondas vivas que se movieran sobre su propio lecho.

Una extensa zona de la provincia había sido invadida por el tremendo anegamiento. En ciertos poblados, las casas ---no obstante su tipo de construcción casi lacustre, adoptado por la frecuencia de las avenidas, como en Jujan, por ejemplo---, estaban ya en peligro de ser arrasadas. Felizmente, los vientos no habían desatado sus furias; lo cual libraba todavía de la ruina a las edificaciones. Pero, en cambio, las mareas empujaban contra las calces y estremecían los cimientos.

En otras aldeas montubias que jamás fueron antes alcanzadas por las aguas, y cuyas construcciones eran bajas, con pisos a ras del suelo, los pobladores se vieron precisados a abandonarlo todo a la suerte de la inundación, poniendo sus vidas a seguro.

Ya había víctimas humanas. Algunos muchachos chiquereadores cuando trataban de hurtar sus rebaños a la muerte, conduciéndolos a los cerros.

Las perdidas de animales ascendieron a altas cifras: iban a la deriva sus cadáveres, despidiendo hedores nauseabundos que volvían irrespirable el aire, parado por la ausencia de los vientos; y, lo que era una ventaja, devenía en desventaja.

Los ríos se llevaron primero los arrozales de vega, al desbordarse sobre las orillas. Después las lluvias ahogaron los desmontes de banco.

Así, la gente campesina espectaba desolada cómo, sobre las agua impasibles, flotaba el espectro del hambre.

Agro montubio sin arroz: agro vació.

Solo los muertos pueden ocuparlo.

Máximo Gómez había acampado en las lomas coloradas de Cabuyal.

Lo acompañaban únicamente Santiago Lopez Argudo, que cerca de él desempeñaba ahora oficio de lugarteniente, y cinco hombre más: Obdulio Villegas, Ovidio Duarte, Trinidad Solís, el sordo Carpio y el chino Gamarrilla, especializado este en el robo de caballos.

Desde antes que comenzara la inundación, Palo 'e Balsa, con los suyos, ocupó su sitio en las lomas.

--- Ahí soltamos las bestias. Siempre quedara pastito.

--- Ajá

Santiago Lopéz Argudo emitió su parecer:

--- Me creo que debemos agarrar una canoa.

--- U dos

--- Las agarraremos

El capitán de cuatreros sentía feliz. Ahora rebosaba de alegría.

--- Estamos compactos ---repetía---; todos somos gente de asunto.

--- Así es.

A Palo 'e Balsa, aun cuando en ocaciones la necesidad se lo exigiera, no le gustaban las bandas nutridas, sino más bien los grupos pequeños.

--- Pocos pero dentradores ---era su lema.

Obdulio Villegas no compartía ese parecer.

--- Pa' cogerla gorda, hay que ser bastantes. Así se puede atacar haciendas, de día claro con sol, sin estar metiéndose en las oscuranas como el tigrillo pa' manotear la presa.

El chino Gamarrilla se caía del cielo, interviniendo en la conversación inopinadamente:

--- Pero lo mejor de todo es recoger caballos, vieran.

--- ¿Y qué? ¿No heymos recogido, crees?

--- Pero no me han visto a mi. Yo tengo mi arte.

--- Ajá

Palo 'e Balsa no rehusaba una empresa caballar, pero prefería casi exclusivamente apoderarse del ganado vacuno.

--- La vaca usté la pesca aquí en este potrero, y va y la vende en la hacienda de al la'o, si a mano viene. O en el pueblo mismo pa' que la beneficien. Y naidien lo friega a uno. Pero los caballos son otra cosa.

Resumía su pensamiento.

--- Los caballos son los caballos ---decía.

Para estos había que esperar a los compradores que venían de Manabí. Con los manabitas, el negocio era rápido y al contado. Los manabitas no discutían los fierros ni exigían boletos de venta; pero se aprovechaban de la ocasión y ofrecían precios irrisorios por los animales. Además, querían que se les entregaran en la raya de su provincia, al borde de sus cantones montañosos, donde las autoridades tenían que hacerse con ellos de la vista gorda, ya que los policías no se arevían a perseguirlos por temor a las frecuentes emboscadas detrás de los piñales.

--- ¡Jodidos son los manabitas! ---comentaba Palo 'e Balsa.

Pero con Máximo Gómez la cuestión variaba un tanto.

--- No bía que me montaran esos masca algodón... Por eso conmigo ya no tienen trato.

Él les había jugado buenas pasadas a los provinciales.

Una vez se les presentó solo en los aledaños de Nobol, con una partida de mulares ---robados a un tal don Recalde---, para vendérsela. Palo 'e Balsa sabía que la rural andaba cerca, y acomodó su plan. Los manabitas no sospecharon nada y cerraron la compra a cien sucres cabeza. ¿Un precio infame, no? Pero Palo 'e Balsa se conformó en apariencia. Recibió la paga y se estuvo con los manabitas hasta que los mulares vendidos fueron entreverados con lo demás que, por el mismo estilo habían adquirido aquellos con anterioridad. Entonces se retiro a una finca vecina, y desde ahí les envió un muchachito con un recado. "Si no me pagan a trescientos sucres cada mular, los denuncio", les mandó decir. Los manabitas se asustaron, porque comprendían que Palo 'e Balsa era capaz de todo. Uno de e...

--- Quedamos en doscientos toletes ---explicaba Máximo Gómez---; porque me dio honestidad y les hice una rebajita pa' que después no dijeran que yo era un lagarto.

Otra vez la cosa ocurrió de modo distinto.

Palo 'e Balsa con la gente se acercó a los manabitas a negociarles cierta caballada moza, que se había traído de los lados de Baba. Por la noche regresó y se les llevó a los manabitas los animales vendidos.

--- Yo pensé ---decía después---jalarmela de largo pa' negociar la caballada en otra parte; pero luego vi que más mejor era vendérsela a los mismo masca algodón

Cuando al día siguiente, los mofados compradores le reclamaron la caballada, él los manifestó que no era esa que tenía ahora y que, seguramente, la otra se les había extraviado a ellos por descuido. Añadió que, sin embargo, a pesar de que lo habían ofendido, estaba dispuesto a venderles la nueva caballada. Los manabitas protestaron; más, al encararse con los recortaos alevosos que portaba la gente del cuatrero, no tuvieron más remedio que acceder a pagar el precio el precio por segunda vez.

--- Pero los malvados se pasaron la voz, y ningún masca algodón quiera ya negociar conmigo.

Máximo Gómez justificaba su actitud con los provincianos:

--- Yo no hey pecado en nada con eso ---concluía---; porque, como dice el dicho, ladrón que roba a ladrón... Dios me ha de haber perdonado, pues...

El chino Gamarrilla metía baza destempladamente.

--- ¿No ve, jefe? Lo más mejor es robar caballos, vea. Cada uno tiene su modo de matar pulgas: yo tengo mi modo de robar caballos.

--- Así es.

--- ¿Y así es como haces vos, chino, que tanto te alabas? ---preguntaba Palo 'e Balsa.

--- En primer lugar, jefe, yo soy un ladrón fluvial.

Explicaba esto. Él era un ladrón fluvial porque efectuaba "sus cosas" por el río. Nunca se internaba monte adentro. Atacaba únicamente las manadas que estuvieran en los potreros a las orillas y entraba en las haciendas siempre por agua.

--- Por tierra, nunca. Ha de ser por agua y a la hora de la vaciante, que es la hora más mejor, porque el caballo tiene el ojo bobo y llorón. ¿Se ha fijado, don Máximo?, y eso del agua es una abusión que me enseñó un tío difunto que le gustaban también los caballos... Silvestre Jiménez... ¿Lo conoció, jefe? Era gago.

--- Ajá

El chino Gamarrilla exponía en detalle su sistema, que reputaba infalible y del que se mostraba orgulloso.

--- Primeramente, yo poseo un alazán tosta'o rabo 'e trenza, que es medio misterioso. No anda conmigo, porque ahora andamos trabajando en vacas con usté, mi jefe, y lo tengo engordando donde unos familiares de las Tres Bocas... Bueno: como les iba contando, trepo al potrero por la orilla y le digo a Céfiro (porque se llama Céfiro el alazán tosta'o rabo 'e trenza), y le digo a Céfiro: "Animal por la virtú que Dios te ha da'o, que te sigan esos caballos".

Y entonces va Céfiro y se la arrima el cuerpo, y no sé qué les dirá a boca chiquita en la oreja, que se las refriega con el hocico. Y entonces Céfiro cae al agua y detrás se bota la caballada barranca abajo. Y entonces dentro y y medio me monto en Céfiro y nos vamos nadando todos con la correntada que nos arrastra lejísimos. Saltamos después y agarramos pa' la montaña. Ni rastro queda. Así es.

Palo 'e Balsa lo contempla con mirada mofona

--- Barajo que vos eres mentiroso, chino. Imaginativo, como dice mi compadré Zúñiga, del Salitre, que es escritor.

Reía a carcajadas, para agregar luego:

--- Lo que pasa, Gamarrilla, es que tu menta'o alazán tosta'o rabo 'e trenza es buen guia y arrempujaba a los demas. Y después vienes con tus vainas de hechizo. Imaginativo.

El chino Gamarrillo se amoscaba un tanto, pero replicaba:

--- No, jefe; vea. Dios protege a sus animalitos; y a mí, pa' protegerme, me le ha da'o esa virtú a Céfiro. Así es.

El sordo Carpio, que hacía de cocinero, cortaba estas charlas, anunciando con su voz menuda:

--- Don Máximo, ya está prepara'o er tumbe.

A esa frase nadie resistía. Desde Palo 'e Balsa hasta el chino Gamarrilla se acercaban al fogón a recibir su ración solemne de arroz con carne salada, su platano asado y su café en agua.

Comían, mientras las sombras caían sobre el campo y el sol se hundía ---rojo y verde--- allá lejos, entre los tembladerales profundo donde los lagartos hambreados lo devorarían.

En las noches se montaba guardia. Un hombre armado desempeñaba de vigilante. Además, se soltaban tres dogos furiosos como panteras, que había traído Máximo Gómez de la casa de su cuñado Doile.

Había peligros en las lomas coloradas de Cabuyal. En especial, era los tigritos. Estas bestia, huyendo de la inundación, se habían refugiado en los lomas en crecido número. Estaban famélicas y aullaban de angustia a todas horas.

La gente de Palo 'e Balsa luchaba por acabar con ellas. Como había que ahorrar cartuchos, cazaban en trampas a los tigrillo y luego los remataban a hachazos para que sirvieran de alimento a los perros; mas estos, hartos, despreciaban la carne abundante (pues se mataban varios tigrillo cada día) y eran las mismas alimañas quienes se encargaban de acabar con los despojos de sus congéneres . Los hombre no consumían esa carne, menos por su mal sabor aferrante que por la creencia de que los pondría flatulentos.

--- El tigrillo tiene gálico ---decía Máximo Gómez--- y no es bueno comerlo. El tigrillo no ataca al varón; pero, una vez no más en la vida, así, para agarrar valor en la oscuridad. Pero una vez no más.

--- Así es, jefe. El tigrillo no ataca al varón; pero, como ahora están hambrientos, puede que se animen cuando estemos dormidos; y hay que cuidarse. Felizmente, el tigrillo no se arrejunta en manadas, como el puercoespín, por ejemplo.

--- Ajá

Además, había que defender los víveres de la amenaza de los zorros rabones.

Entre todos los hombres de Palo 'e Balsa construyeron, así que se instalaron en las lomas, un cobertizo de bijao y caña para vivienda. En realidad, solo lo ocupaban como dormidero, pues todo el día lo pasaban fuera, y gran parte de la noche la dejaban transcurrir ---cuando no llovían--- bajo un enorme mango cercano.

Ahí se agrupaban para fumar cigarros, saborear café y contarse historias, mientras llegaba el sueño.

A veces, a la luz de la luna o de un humoso candil de kerosene, disfrutaban del "noble y desinteresado juego de la pinta", como suele llamarse sarcásticamente al enemigo público número uno del dinero del montubio.

Santiago López Argudo, el actual lugarteniente de Palo 'e Balsa, era norteño. De la sierra del norte. Jamás se supo exactamente dónde había nacido; pues, en ocasiones, decía que era oriundo del Carchi, y en otras, de Imbabura. Después de todo, no tenía importancia para nadie, ni siquiera para él mismo, ya que ahora, y esto le significaba bastante, era más montubio que lo que vieron la luz en medio agro litoral.

--- Estos "paisanos" amontubiados son más pior que lo de a de veras ---decía por él Máximo Gómez---; saben más que uno mismo.

Se ignoraba por qué respecto de López Argudo circulaba el rumor de que era hijo de un cura. Acaso esa versión derivada de su facha y de sus maneras, lo hacía vagamente semejante al tipo corriente del clérigo suelto. Gordo, ventrudo, pausado al andar, hablara en bajo profundo, y, cruzando las manos sobre el pecho, se distraía moviendo los pulgares, mientras expedía sin ruidos, por entre los labios semicerrados, el aire respirado. Su cutis de ese color blancuzco cristalino con que marcan para siempre las cárceles a quienes han permanecido largo tiempo a la sombra de sus calabozos: marchito color de la mazmorra.

Santiago López Argudo era hombre de extraordinaria habilidad y se daba maña para hacerlo todo. Cunado advirtió que era imprescindible una canoa para comunicarse con el resto del campo y los centros poblados, fabricó

una, pequeñita y ligera, utilizando trozos de palo amarillo desechados por los madereros, que excavó a hacha, uniéndolos luego.

Bautizó la canoa con el nombre de Pichincha.

López Argudo adoraba a Máximo Gómez.

--- El longo es malo de hueso ---decían de él---; pero con el jefe es más pega'o que un perro.

Cierto es que no cabía que fuera de otra suerte. Le debía a Palo 'e Balsa la libertad y, acaso, la vida.

Hacía años López Argudo estaba preso en Colimes, porque le "acumulaban un asesinato". Lo iban a trasladar a Balzar por tierra, y se susurraban que en el camino le sería aplicada la ley de fuga.

Balsa se encontraba de transito en Colimes, y supo del asunto. Se "lo pintaron bonito" a López Argudo.

--- Vea, don Gómez, es buenazo el longo. Macho juerte.

--- Ajá

Adoptó entonces su resolución. Por la noche, con su gente, Máximo Gómez atacó la cárcel del pueblo, sacó al preso y lo llevo consigo a lugar seguro.

El asalto fue poco cruento, solo un gendarme rural cayó sobre el umbrar de la puerta de la cárcel, cernido a balazos. Y eso le ocurrió al infeliz por bruto y mal amansado.

Desde aquel día, López Argudo acompañaba casi siempre a Palo 'e Balsa en sus andanzas y tomaba parte en todas las aventuras, sin discutir los resultados posibles.

Máximo Gómez depositaba en el ilimitada confianza.

--- A López Argudo le puedo encargar mi mujer, si la tuviera pa' que me la cuide, de llegar el caso ---decía---, y el longo no me la tocaría.

Llevaban ya como una semana en las lomas coloradas de Cabuyal.

Las reservas de víveres comenzaron a agotarse; por lo cual, cierta mañana, Trinidad Solís se dispuso a trasladarse al pueblo ---una jornada de canalete---, para aprovisionar la banda.

--- Merca barato onde los Quintero, Trinidad ---le aconsejó López Argudo---; no merques onde los chinos, que están careros ahora. Se han daña'o los compadres... ---agregó.

Máximo Goméz, sentado sobre una piedra, miraba los preparativos que se habían en la Pichincha para el viaje: cómo lo achicaban y la revisaban, el improvisado calafateo de las junturas.

Pareció que, de repente, se le había ocurrido una idea original, porqué sonrió y se levantó alegre, accionando en el aire.

Se dirigió a Trinidad Solís, que examinaba ahora el canalete:

--- El pueblo está también a pique, ¿no, Trinidad?

--- Ajá. A pique toda la orilla está hondísima. Se han ahogado los terneros. Ya no más se ahogarán las vacas.

--- Y vos, ¿conoces algún vado o te vas tembladeral a tembladeral?

--- Como ando en canoa, sí. Pero me sé un vado que se puede a pie parado. Llega hasta adentrísimo. En las partes más piores, apenas le da el agua a la barriga al caballo.

--- Ajá

--- ¿Y por qué, don Máximo?

Palo 'e Balsa no contestó. Llamó aparte a Santiago López Argudo y hablo largo rato con él. Luego llamó a Ovidio Duarte y a Trinidad Solís.

--- Vos no has traficado por estos la'os, ¿verdad, Duarte? ---le pregunto a este.

--- Así es jefe. Yo hey esta'o casi siempre por los la'os de arriba.

--- Ajá. ¿Y cuántas cabezas de gana'o carculas vos, que eres cabulador, que aguantarán las lomas a potreraje?

--- Su par de cien, jefe.

--- Ajá, bueno, Solís ---se dirigió al nombrado---; fíjate lo que te vo a decí... Te vas onde los gamonales de la orilla y les participas que aquí en Cabuyal está don Duarte, que ha arenda'o las lomas, y que recibe gana'o pa' después arreglar el precio. Oíste.

--- Ajá

--- Y acuérdate a los hacendados grandotes. Y, si a argun pobre se les están ahogando las vaquitas, que las traía no más si quiere.

--- Ajá

El plan tuvo un éxito superior al esperado.

Los hacendados ribereños, cuyos ganado perecía con la creciente, acogieron la propuesta.

No ignoraban la existencia de las lomas coloradas de Cabuyas, pero las consideraban demasiado tierra adentro, y ---como desconocían el vado--- suponían que las reses no podrán alcanzar a ellas andando. Además, había corrido a lo largo de la orilla la noticia de que ahí estaba la banda de cuatreros que capitaneaba Máximo Gómez, a quién, en aquella zona especialmente, gozaba de fama tremenda.

Las lomas coloradas se denominaban así por el color del cascajo que constituían su base. De lejos, daban en efecto la impresión de que eran rojiamarillas.

Las lomas formaban parte de la hacienda Cabuyal, predio interior que había adquirido por herencia, años atrás, la Asistencia Pública. Subía a tanto el descuido de la Asistencia Pública por aquella propiedad, que no sostenía mayordomo, y ni siquiera un guardián, entregándola así al uso de quién lo ocupara.

Los hacendados orilleros sabían eso.

Breves días después de la marcha de Solís, el espectáculo de las lomas había variado por completo. En vez de la callada soledad de antes, los mangles estaban sacudidos de mugidos y trajinados de ganado mayor. El vado que conducía hacia la orilla semejaba una cinta viva: las reses bulliciosas, guiadas por los vaqueros, quienes les mantenían dificilmente en el cauce del vado, hincándolas con palancas puntonas.

Palo 'e Balsa se escondía en el cobertizo, y era Duarte en persona el que recibía el ganado.

Al principio, Duarte accedía a que se quedara un cuidador.

--- Pero no hay pa' que; yo y los piones nos bastamos.

Los peones eran Santiago López Argudo, Obdulio Villegas, Trinidad Solís, el chino Gamarrilla y el sordo Carpió.

Cerca de trescientas cabezas se empotreraron en corto tiempo. Más o menos la tercera parte pertenecía a grandes gamonales; el resto, a modestos finqueros, cada uno de los cuales poseía, cuando más, cuatro animalitos.

Cuando Duarte juzgó que la capacidad de las lomas no consentía número de ganado, anunció que no podía recibir más.

--- Hay que ser honra'o, repetí; no vamo a dejar que se mueran de hambre los animales.

Esto causó buena impresión. y, entonces, tomo el acuerdo de despedir a los cuidadores.

--- Aquí no hay espacio pa' tanta gente, tampoco ---había dicho.

Los cuidadores se vieron obligados a regresar.

A los hacendados no les cayó en gracia el asunto, pero no tuvieron más remedio que conformarse.

Con los finqueros no ocurría lo mismo. A estos fue Santiago López Argudo, quién les habló en secreto:

--- No digan a naidien; pero el que ve el ganado es Máximo Gómez, ¿saben? No tengan cuidado. A ustedes, él no les hará daño.

A fines de abril las aguas cedieron. Los tembladerales comenzaron a secarse, mostrando su fondo lodoso verduzco, donde pululaban los saurios enormes, cavando huecos para su prlongado reposo. El aire se cuajó de mosquitos, guitifes y mantablancas. Una insoportable pestilencia brotaba del suelo, bajo los recios soles.

--- Va a cundirle la peste al ganado si no lo sacamos breve de aquí ---dijo Palo 'e Balsa.

--- Ajá

--- Mas tardar pasado mañana la arriamos pa' Manabí, ¿ajá?

--- Como sea su gusto jefe.

Pero ya estaban apercibidos los dueños. A poco, se presentaron los hacendados para que recogieran el ganado y lo condujeran a los potreros ribereños.

--- Arrejúntense todos pa' la entrega ---dispuso Duarte a vaqueros y finqueros.

Estaba de jinete, ahora con el fusil terciado a la bandolera.

--- Arrejúntense, digo.

De pronto apareció Máximo Gómez, montando su "moro silgado". Detrás estaban todos sus hombres de a caballo, armados igual que Duarte:

--- A ver ---tronó---; vamos al reparto. Empezaremos con los grandores ---añadió---. ¿Quién es el peón de don Carlos Flores?

Se acercó uno de los reseros.

--- Yo soy, don Máximo ---susurró---. Dice mi patrón…

--- Aguardiente, ajo, ¿Cuántas vacas son de don Flores?

--- Sesenta y tres, entre rejeras y vaconas.

--- ¿Fierro, señal?

--- Una estrella calada de cinco puntas, y boca'o en las orejas. Mi patrón dijo que aquí le mandaba la platita del potraje: dos sucres por cabeza.

Hizo ademán el vaquero de abrir la bolsa de trapo que le pendía del cuello. Palo 'e Balsa lo contuvo.

--- Espera; ya nos vamos a arreglar más despuesito.

Gritó a Villegas:

--- ¿Cuántos es la mitad de sesenta y dos, Santiago?

--- Veintisiete, jefe.

--- Bueno ---agregó, entonces---: dejen veinticinco cabezas al vaquero de don Flores. Le dices a tu patrón que por el potraje me cobro la mitacita, no más...

--- Pero, don Máximo...

--- Cierra la trompa, ajo. Dijo que, de buen corazón que soy, le devuelvo la otra mitad, ¿Qué se cree? Yo le hey salva'o el ganado. Aunque hubiera colga'o las vacas con sogas de los matapalos, se le habrían ahogado siempre... ¿Y ahora quería pagarme dos sucrecitos por el potreraje, no? Ladrón, dile que yo le digo que él es ladrón.

Más o menos la misma escena se repitió con los demás vaquerós. Alguno ensayó una enérgica protesta, pero la desvaneció al comprender que incluso los finqueros estarían en su contra.

En efecto, los finqueros esperaban tranquilos y confiados, seguros de que don Máximo Gómez "no le quitaba el pan al pobre".

Cuando concluyó el reparto a los "grandotes", Palo 'e Balsa autorizó a los finqueros:

--- Ahora agarren, no más, su ganadito ---insistió, riendo---. A ustedes no les cobro potreraje. Ya lo han paga'o los otros.

Mientras corrían a recobrar su ganado, los finqueros prorrumpieron en voces jubilosas:

--- Viva, pues, don Máximo Gómez.

Un viejecito, dueño de dos vaconas ---toda su hacienda---, lo bendecía desenvolviendo en el aire el ademán de la cruz:

--- Que San Pedro te empuje la pisada, Máxima.

Palo 'e Balsa sonreía, complacido. Advertía en el rostró de sus hombres que estos no compartían su propia satisfacción, pero no le importaba. No se atrevían a contradecir sus órdenes, y esto era lo esencial.

¡Caro les habían costado, de otra suerte!

Sin embargo, el negocio resultó ventajoso.

Las vendieron a buen precio en Manabí, y se distribuyeron proporcionalmente, "como buenos hermanos", el dinero del producto.